

De la crítica. Compendio de sociología de la emancipación

Álvaro del Moral García¹

Boltanski, Luc (2009), *De la crítica. Compendio de sociología de la emancipación*, Akal, Madrid, 2014
ISBN:978-84-460-4014-9 254 páginas.

A los seres humanos se los imaginó “libres” para que pudieran ser juzgados, castigados, para que pudieran ser culpables: por consiguiente, se tuvo que pensar que toda acción era querida y que el origen de toda acción estaba en la conciencia.

Friedrich Nietzsche

Fácilmente podemos desechar la posibilidad de que los teóricos de la política no hayan sido conscientes de que insuflaban de imaginación o ilusiones sus teorías. Hay demasiados testimonios de que eran muy conscientes de ello. Más bien, pensaban que la imaginación, la exageración y hasta la extravagancia a veces nos permiten ver cosas que no son evidentes de otro modo.

Sheldon Wolin

Siempre me produce extrañeza encontrarme a un científico social preguntándose por el arte de la política. No sé si la ciencia social puede aportar herramientas decisivas para la producción de espacios donde la ciudadanía pueda ejercer de modo directo y efectivo su derecho a la participación. Sea como sea, siempre es sugerente encontrarse a un científico social preguntándose por el arte de política de un modo crítico y estimula cuando el científico social en cuestión se plantea de un modo pragmático y empírico la realidad de los nuevos movimientos sociales, su carácter libertario frente a las prácticas autoritarias del Estado-nación y la renovación y actualización de la misión geohistórica del comunismo. Sin duda, entre un científico social de este tipo y el arte de la política puesta en marcha por los nuevos movimientos sociales se puede producir un diálogo enriquecedor, incluso sobre la extrañeza que produce encontrarse a un científico social preguntándose por el arte de la política y sobre si la ciencia social puede o no aportar herramientas decisivas para la producción de espacios participativos. Y es nuevamente la editorial Akal, a través de su extraordinaria colección «Cuestiones de antagonismo», la que ha dado lugar a la posibilidad de poner en marcha este diálogo enriquecedor gracias a la publicación en el año 2014 del libro de Luc Boltanski, *De la crítica. Compendio de sociología de la emancipación*.

¹ Facultad de Filosofía de la UNAM barbarosilvano@hotmail.com

Boltanski plantea en *De la crítica* un análisis profundo de la problemática relación entre la sociología y la crítica en el estudio de la dominación social. El autor diferencia entre la sociología crítica y la sociología pragmática de la crítica. La primera estaría caracterizada por una crítica radical de las estructuras sociales (opresivas, injustas) que determinan la producción de subjetividades. Esta sociología aportaría potentes herramientas para denunciar la opresión y la injusticia de un orden social determinado pero podría minusvalorar y desmoralizar las capacidades reflexivas de los actores sociales. Por su parte, la sociología pragmática de la crítica operaría como una sociología *de* la crítica en el sentido de que se fundamentaría en la descripción de la crítica ordinaria que desarrollan los actores sociales. A partir de esta descripción, dicha sociología intentaría construir y revitalizar una crítica radical a través de su fundamentación en la realidad social. Esta operación podría no satisfacer la ambición radical de la sociología crítica ya que los actores no siempre ponen en marcha una crítica radical. Pero la radicalidad de la crítica ordinaria es posible si se quiebra la solidez de la realidad social y si los actores superan la fragmentación y construyen colectivos. Boltanski considera que una sociología de la dominación social necesita integrar las aportaciones de ambas sociologías y definir un objetivo claro. En este sentido, la crítica radical de la sociología crítica debería ser revitalizada a través de su fundamentación y emplazamiento en la crítica ordinaria que los actores ponen en marcha en las situaciones de incertidumbre y disputa social. A su vez, la sociología de la dominación social debería analizar las relaciones existentes entre las instituciones sociales y las críticas ordinarias.

Boltanski intentar ir más allá de la imagen autoritaria de las instituciones que predomina tanto en la sociología crítica como en la sociología pragmática de la crítica. A través de la definición de una realidad social determinada, las instituciones serían modos de absorber o disminuir la incertidumbre, es decir, el cambio y la disputa que pueden poner en riesgo la propia existencia de la sociedad. Las instituciones podrían tener derivas autoritarias pero serían dispositivos necesarios para mantener la incertidumbre en niveles socialmente tolerables. Los modos fundamentales de absorber o disminuir la incertidumbre con el fin de mantenerla en niveles socialmente tolerables serían los hábitos sociales –construidos durante la puesta en marcha de las tareas colectivas– y los dispositivos de confirmación. Debido a la incertidumbre que atraviesa la sociedad, la institución se tendría que arrojar la autoridad necesaria para confirmar una realidad social determinada situándose más allá de las perspectivas particulares. Pero precisamente en este momento, la institución tendría una contradicción esencial que, según Boltanski, hace posible y necesaria la crítica: la contradicción hermenéutica. La pretensión de la institución de lograr una autoridad trascendental para definir una realidad determinada chocaría entonces con la necesidad de operar a través de portavoces de carne y hueso, actores sociales situados espacio-temporalmente y dotados de una perspectiva particular. Frente a ello, con el fin de evitar el desvelamiento de la contradicción hermenéutica, la institución necesitaría utilizar la violencia simbólica y física a través de organizaciones y administraciones, profundizando en la misma contradicción y dotando a la crítica de su fuente de justificación fundamental.

Curiosamente, la forma de dominación gestora –la más adaptada a las sociedades capitalistas-democráticas contemporáneas– no operaría, según Boltanski, a través de la contención de la incertidumbre y el cambio social. Antes bien, la gestión los radicalizaría y aceleraría, produciendo crisis sistémicas para generar un estado de shock generalizado. De este modo, a través de la incorporación de la incertidumbre y el cambio, la gestión pretendería legitimarse como un dispositivo crítico que incorpora el mundo que está más allá de la realidad producida por sí misma, despojando a la crítica de la exterioridad necesaria en la que se fundamentaba. A su vez, la gestión disimularía muy bien la contradicción hermenéutica porque las instituciones adoptarían un perfil modesto al delegar en la ciencia y la técnica el poder de definir la realidad. Con ello, seguiría habiendo una tensión fundamental entre dos instrumentos de dominación con lógicas diferentes: el poder popular y el poder de los expertos. La contradicción hermenéutica se

desvelaría cuando la autoridad trascendental de la institución estatal, a la que se sigue glorificando por proceder supuestamente del poder popular, operara a través del poder de las perspectivas particulares de los expertos y de las políticas arbitrarias puestas en marcha a partir de ellas.

Boltanski defiende que la emancipación en sentido pragmático debe plantearse analizar la constitución de los colectivos a través de una reanudación de la sociología de las clases sociales y aceptar la relación entre la institución y la crítica para explicitar la contradicción hermenéutica, limitando las potencialidades autoritarias de la institución y dándole preponderancia a la crítica. A partir de aquí, habría que descartar las instituciones potencialmente autoritarias (como el Estado-nación) y apoyar la rebeldía del actor social en la empresa de actualización y renovación de la misión emancipadora del comunismo.

Continuando con la interpretación de Boltanski acerca de la forma de dominación más adaptada a las sociedades capitalistas-democráticas contemporáneas, podría decirse que *la ruptura social es el objetivo fundamental de la forma de dominación gestora*. A través de la radicalización y aceleración del cambio y la movilización social, la gestión busca producir crisis sistémicas que imposibiliten el tiempo necesario para construir espacios sociales y políticos destinados a la praxis crítica. *La gestión opera aniquilando el espacio por el tiempo*. Los territorios de encuentro de la ciudadanía son destruidos a través de la transformación de la ciudad en una dinámica perpetua que desestructura y desinstitucionaliza todos los encuentros sociales. La soledad, el desarraigo y el desplazamiento sistémico se convierten en las experiencias fundamentales de la modernidad, destruyendo los sujetos colectivos e imposibilitando cualquier ejercicio de imaginación política proyectado hacia el futuro. De este modo, los nuevos movimientos sociales afrontan la crisis actual de la ciudad desplazando la dimensión utópica del arte de la política por la necesidad de cartografiar un territorio devastado y de producir nuevos espacios sociales y políticos que eviten las peligrosas derivas de la ruptura social. Los nuevos movimientos sociales están conquistando el espacio social a través de la solidaridad y el apoyo mutuo como operaciones fundamentales para reconstruir una ciudad completamente devastada e impedir la emergencia de fascismos y totalitarismos de nuevo cuño a lo largo del siglo XXI.

En esta situación social, los nuevos movimientos sociales no necesitan que la ciencia les reconozca la capacidad crítica y reflexiva para ilusionarse y movilizarse *ya se ilusionan y movilizan ellos solos*. Siempre me ha desconcertado sobremanera esta actitud de la ciencia social ante el actor que Boltanski reproduce a lo largo de las páginas de su libro. El origen del debate es de sobra conocido. Marx pensó que las contradicciones estructurales del capitalismo darían lugar a un cambio social revolucionario. Y algunos pensaron que dicho diagnóstico podía desmoralizar y desmovilizar a la sociedad ya que, como se hacía depender el cambio social de las contradicciones estructurales del capitalismo y no de las capacidades del actor, los movimientos sociales revolucionarios podían adoptar una actitud pasiva ante un cambio social que acaecería por sí solo. Curiosa forma de reconocer la reflexividad y la capacidad crítica del actor: creer que necesita la palmadita en la espalda de la ciencia social para ilusionarse y movilizarse. Sin embargo, los actores sociales se han ilusionado y movilizado de un modo autónomo a lo largo de la historia y no se conocen movimientos sociales que hayan dependido de la actitud que la ciencia social tuviera hacia ellos.

De hecho, parecería que los nuevos movimientos sociales demandan más bien lo contrario. Boltanski se extraña de la fama de la sociología crítica entre los nuevos movimientos sociales, a pesar de la poca atención que presta a las capacidades críticas del actor social. Boltanski reconoce que la sociología crítica, al adoptar el punto de vista de la totalidad, proporciona potentes herramientas críticas que posibilitan que los actores transformen su definición de la realidad. Ahora bien, me da la sensación de que Boltanski no logra reconocer que la sociología crítica opera y ha operado siempre como un dispositivo de solidaridad social en el que *la responsabilidad de las situaciones opresivas e injustas recae única y exclusivamente en*

el orden social que las produce y nunca en el actor social. En este sentido, la sociología pragmática de la crítica se podría encontrar en un callejón sin salida que Boltanski parece no reconocer a lo largo de las páginas de este libro. La sociología pragmática de la crítica reserva una responsabilidad parcial al actor respecto al cambio. Ya sabemos: se ha arrogado el papel de ilusionar y movilizar al actor. Y, sin embargo, no creo que la sociología pragmática de la crítica tenga la intención de responsabilizar parcialmente al actor respecto al mantenimiento de un orden social opresivo e injusto. Tal y como defiende Boltanski, la solidez y consistencia de la realidad y los dispositivos de dominación que producen y reproducen la fragmentación y el aislamiento son las causas fundamentales del mantenimiento de un orden opresivo e injusto. Por lo tanto, la sociología pragmática de la crítica parecería querer responsabilizar al actor respecto al cambio y quitarle responsabilidad respecto al mantenimiento de un orden opresivo e injusto, en una operación de paternalismo típico de la ciencia que no se sostiene lógicamente.

Entiendo que la cuestión decisiva reside en que Boltanski no llega a reconocer que la sociología crítica supone un modo diferente de comprender la acción y no de sojuzgarla. *La acción social transformadora es la manifestación de una contradicción estructural.* A nadie se le ocurriría defender que Marx estaba sojuzgando su propia condición de actor cuando pensaba que las contradicciones del capitalismo darían lugar a un cambio social revolucionario. Más bien, Marx estaba vinculando directamente su acción con las acciones de los otros al interpretarla y comprenderla como resultado de las contradicciones de una estructura que somete a todos de un modo parecido. De este modo, la sociología crítica podría operar como un dispositivo de producción de colectivos al vincular directamente las acciones sociales a contradicciones estructurales compartidas. Frente a ello, la sociología pragmática de la crítica podría operar como un dispositivo de disolución de colectivos al vincular la acción con las capacidades críticas del actor: es difícil producir un colectivo si el actor social interpreta y comprende que lo que dice y hace lo dice y hace porque quiere.

Uno de los discursos que se escuchan en algunos de los espacios sociales y políticos de la ciudadanía es que «la ciencia social ha muerto». Los nuevos movimientos sociales parecen estar construyendo una crítica radical a las ciencias sociales y a la separación entre la crítica ordinaria y la crítica científica. De hecho, podría considerarse que las nuevas sociologías de la emancipación que, como las de Boltanski, apuestan por fundamentar la crítica científica en la crítica ordinaria, estarían haciendo un último esfuerzo por conservar y legitimar la antigua y anacrónica división. La crítica radical a las ciencias sociales construida desde los nuevos movimientos sociales parece desvelar que el origen de la ciencia social vinculado al Estado liberal decimonónico y a su ataque al derecho a la ciudadanía movilizado desde la Revolución francesa sigue penetrando incluso a las perspectivas científicas más críticas. Y lo hace debido, fundamentalmente, a la idolatría científica por la verdad. Boltanski está en lo cierto: la ciudadanía no necesita alternativas; los momentos de transformación social a lo largo de la historia no se han producido porque existieran unas alternativas claras y manifiestas al orden social instituido sino porque la solidez y consistencia de la realidad social se había quebrado y los actores sociales disponían de herramientas para construir colectivos. Con ello, los momentos de transformación social a lo largo de la historia tampoco han necesitado de descripciones rigurosas y empíricas de la realidad, el aporte fundamental que pretende realizar la sociología pragmática de la crítica a la emancipación social. Es más, soy de los que cree que un exceso de descripciones rigurosas y empíricas de la realidad puede acabar dotando al orden social instituido de una mayor solidez y consistencia, por mucho que las descripciones apunten a las grietas de dicho orden. En la cotidianidad de la lucha, la solidez y consistencia de la realidad social se resquebraja gracias a la energía social puesta en marcha y a una ilusión necesitada de «la imaginación, la exageración y hasta la extravagancia» del arte de la política antes que de las descripciones rigurosas y empíricas de la sociología pragmática de la crítica.